

## GRAMÁTICA HISTÓRICA, TRES DE LA TARDE

Alonso Zamora Vicente

Las clases, sí, no lo dudéis, pierden toda su eficacia en cuanto llega la primavera. (Empleo la palabra *primavera* por una irremediable propensión al énfasis semi-poético: habría que decir, aquí, en este caso, *el calor*). Sobre todo si esta clase es a las tres de la tarde. Y más aún, si esta clase es de Gramática Histórica. No sé si por fortuna o por desdicha, el clima de prejuicios y de tradición nos obliga a continuar, firmes, tenaces, yendo a clase. Pero lo cierto es que uno está allí solamente en cuerpo, a veces sólo en vestidito, y nos andamos lejos, lejos, muy lejos, a la caza de invisibles querencias, sin peso ya, párpados caídos. En fin, no hay más remedio. Hay que salir de casa una hora larga antes, porque vivo fuera; sí, no hay otra posibilidad de elección: cuando llega la primavera hay que vivir al borde del campo. ¿Cómo, si no, podríamos verla llegar, así, tímida, acorralada, saltando de tapia en tapia, de rama en rama, dejándose caer, asustada, de las muchachuelas que van al colegio, con sus batitas blancas y sus lacitos ñoños? Sí, claro, eso es; vivo fuera. Al tren, pues. Me siento. Y al instante, ya todo lleno, esa señora de pelo zanahorio, con su niña. Sí, ya sé, no me lo digáis más. Hay que cederle el sitio. ¡Un muchachón de veinte años, sentado! ¡Esa señora con una niña, y con tantas pecas, además! Hay que cederle el sitio. Pues no se lo cedo, no. Es particularmente estomagante, la niña. Y cuando puede se acerca poco a poco a mi asiento, y pone cara de desvalida, como reclamándolo. Un día se lo cedí, y luego se rieron. Hoy no se lo cedo. No, no. Que se aguanten. Ahí, en esa tapia, se han derramado las glicinas. Ayer no había. Ya está aquí, esta pesada. Busca, claro, el asiento. ¡Estás buena, hoy! ¡Qué aire tibio, oloroso, por la ventanilla! Todo está hoy extrañamente crecido, entornado, cercano. El verde es más verde, y la luz más encendida. Acosa la nostalgia aguda de mil primaveras, ya, o Dios sabe cuántas, camino de clase, sin podernos poner ahí, en cualquier esquina, a esperarla. ¡Debe ser tan bueno, esperarla! ¡Y verla asomar sus naricillas de rosa entre los capullos prietos, y chillar desde los brazos nuevamente desnudos de las muchachas! Cuando yo era chicuelo —sí, ya sabéis cómo son de mocosos, de tontos, todos los chicuelos—, yo creía

que la Primavera era una señora gordísima que traía lilas de la Casa de Campo. Subía por la cuesta de San Vicente —¡ay, los pinos del Campo del Moro, ahora, en esta quietud pálida del octubre madrileño!—, por allí, por aquella revuelta. Yo no me atrevía nunca a pasar de aquella curva. Tenía miedo. Miedo. Me parecía que detrás de aquella curva, más allá de aquella curva, no podía haber niños, sino gentes mayores, serias, como los amigos de mi padre, como la primavera, señora opulentísima que trae lilas de la Casa de Campo, y llega con una puntualidad inglesa por San José. Porque en San José, día de fiesta era cuando se la podía esperar. Los demás días, había colegio. Después, de mayorzote, yo he pasado esa curva de San Vicente. Para vergüenza mía, no puedo decir nada de inquietante, de terrible, para ilustrar este atrevimiento. Más allá no había nada raro: la calle se continuaba igual, con jardines a un lado, casas al otro. Quizá ese miedo se ha trocado en gozo ahora: cuando paso por allí en taxi, camino de la Estación del Norte (Expreso de Salamanca; diez y seis horas, andén III), mi espantoso horror (horror al taxi) se calma al doblar la curva. Más allá, no puede haber accidentes. La niña pecosa sigue insistiendo. ¡Qué pesada! Pues no hay asiento. A pesar de la carita de pena, y de que la deben estar pisando, que se chinche. No hay asiento. Me haré el dormido. A ese señor de cuello duro y cuatro sortijas obispudísimas, le da muy buen resultado hacerse el dormido. A mí, además, me convendría dormir un poquito ahora. Si no, cuando llegue a la Universidad, y tenga que aguantar un latazo sobre el perfecto o el imperfecto, o niños muertos parecidos... La Iglesia de San José de Flores. ¡Qué grandota es! Yo he estado ahí algunas veces. Pretensiones, gasta, gasta las suyas. Tiene un San Pablo con un espadón que para qué. Y un San Pedro con unas llaves que ya, ya. Bueno, ya voy teniendo un poco la sensación de angustia de la clase. ¡Viamonte 444, Gramática Histórica, tres de la tarde! Lo único tolerable es el número de la calle.

Y estoy cansado, porque, sí, claro, ya os lo habréis supuesto. Tuve que cederle el sitio. Por no ver aquella cara, tan mustia, tan azafranada, que le mira a uno tan así, tan suplicante... Pero un muchachón de veinte años, no, no debe sentarse. Aunque la Primavera le haga soñar con la quietud de un asiento, primera clase, del suburbio a Buenos Aires.

Viamonte 444. Gramática Histórica, tres de la tarde. Sol, ese sol húmedo del puerto, renegrido de hollín, asaeteado de sirenas de barcos. Geometría vulgar de las manzanas. Lujo ramplón del 900 en la fachada. Y clase. El profesor es español. ¡Estos españoles...! Primavera asesinada, sí, la de aquel cuartucho sin ventanas siquiera. Claro que para

hablar de la yod, o del hiato en el siglo XIII, no es menester mucho más. Pero esta tarde dulcísima, extraña, vertida... Ese profesor español debería acordarse de las tardes así, que seguramente las hay, claro, en su tierra, y no dar clase. (Aquí hay que decir *dictar*). Dará clase, dictará clase, sin embargo. (Y los párpados se me están cerrando. Yo no sé qué pasa. Calor. Las chicas se han traído hoy unos vestiditos nuevos, deliciosos. Hasta las serias, serias se ríen hoy mejor). Ya está ahí. (El profesor, digo). Y empieza. Y yo tengo más calor. Este señor filólogo, mientras habla, pasea desesperadamente. Se podía estar quieto, digo yo. Las tres y diez, todavía. Pero, ¡qué importante, de verdad!: “El imperfecto en —ie— tuvo que reducir su hiato, lo que hizo de dos maneras...” Esos asturianos deben ser unos tíos inaguantables. Menos mal que se quedan allá, en su Asturias. (¡Asturias, Señor, Asturias! ¿Por dónde caerá eso, Dios mío? ¿Por dónde se irá?). No hay disparate que no digan. Y se quedan tan anchos, tan auténticos. Personalidad que tienen. Me estoy durmiendo. Además, este profesor, que no tiene un pelo de tonto, me está viendo. Es capaz de preguntarme algo, de repente. Tan sólo por desasosegarme. Acaba de entrar ahora una chica rubia, que no sé quién es. ¡Qué bonita! Es la primera vez que viene. Suave, callada, se ha sentado en aquel rincón. Tiene unos ojos claros, limpios, que miran todo del todo, generosos. “Perdiendo la -e final: aví, tení...” ¡Qué bien, ahora, la Costanera! Estará enderezando al canal el barco ese que suena (¡qué honda en la clase, la sirena!), y el río se abrirá manso a su andar agudo. Los chopos de la orilla, trémulos, —¡ay, cómo, ahora, el tiemblo de esos chopos!— Sí, los estoy oyendo: ...sssss... “o trasladando el acento”: La sirena... los chopos... “-ié, no -ie...” ...Mira; el silbato de esas máquinas pequeñas que hacen las maniobras en los muelles... Los chopos otra vez... “Todavía en el siglo XVI...” Pero este filólogo español está loco... ¡Qué nos importará a nosotros ese imperfecto, ni el otro! Las tres y veinticinco. Se me avecina, y aprisita, un enorme —enormísimo, sí— bostezo. ¡Qué bien huele esta chica de adelante! ¿Quién será? Todo está hoy nuevo. O yo más atontado que otros días. Los chopos, el barco, el río, aquellas manchas verdes de la otra orilla, islas lejanas, ansia de no estar aquí, ni en ninguna parte. Una vez, en un viaje, yo seguí con la vista una nubecilla, hasta que se deshizo. Se disolvió en jirones rosas, amarillos. Ahora habrá nubes sobre el río, de seguro, devanándose, y pajarillos enamorados en la orilla, por lo verde. La verdad: preferiría estar pescando, o andando al borde de una alambrada. Pero, este imperfecto no me entusiasma. Ni siquiera con ejemplos de Garcilaso. Gran poeta, sí, este Garcilaso. Me va a preguntar algo, lo estoy viendo. Se ha dado cuenta de que estoy lejos, aunque estoy aquí. Le voy a decir alguna tontería, lo que va a estropear del todo el concepto

que tenga de nosotros. Porque estos españoles, —me parece, me parece—, que nos miran un poco así, porque no hablamos tan bien como ellos. Claro que habría que ver eso de hablar mejor o peor. Este señor suelta cada *dejao, llegao y etcétera*, que nos hace dar repeluznos. ¡*Dejao!* ¡La Costanera, ahora! Las cuatro menos veinte. Ya se acaba esto, por hoy. “En el XVII se oye alguna vez...” Ya se habrá corrido un poco el sol, y entrará al sesgo entre los chopos, como un suave polvo dorado, tembloroso, y el barco se verá ya pequeñito... Suenan las pulseras —¡y cómo!— de esa chica rubia nueva. Cuando se agacha para escribir algo en sus apuntes, el pelo se le derrama hacia adelante, con un murmullo. Ya me parecía a mí oír algo que no sabía qué era ni de dónde. Sí, era el pelo de ella. (Y sus pulseras). Le brilla, el pelo, al trasluz, golosamente, como la pelusilla de un fruto en agraz. Otro silbido de las maquinillas del puerto. ¡Qué largos, estos minutos finales! Ese buen señor sigue hablando, y paseando, y pintando en la pizarra. A lo mejor, a lo mejor, es capaz de continuar explicando después de que suene el timbre. No suena, el timbre. ¿Se habrán olvidado? Estarán charlando los porteros y no se acordarán de dar la hora. Me gustaría salir pronto, ventilarme, gritar, desperezarme. No dan la hora. “Los imperfectos irregulares son pocos...” ¿Con que son pocos, eh? Pues menos mal. “Ibam, eram, habebam...” Me parece que me voy recuperando. La proximidad de la hora, sin duda, y la promesa de lo que vendrá detrás. En este aula endiablada, oscura, sin ventanas, no puedo saber nunca si el sol sigue o si se ha puesto a llover. Nada. Tan sólo esos ruidos lejanos, quebrando el silencio.. La hora. Ya se ha pasado. Y el timbrecito sin sonar. Esos porteros... Y este hombre sin callarse. Venga imperfectos. Ahora pienso que es estúpido este anhelar un timbre. Las cornetas, o trompetas, o vaya Ud. a saber qué serán, del día del Juicio Final, no me han causado zozobra semejante. Sí, si yo sé que este profesor —español y todo— no está mal, que es llevadero, pero, ¡hace una tarde tan extraña, tan milagrosa! Y luego, esa chica nueva... Yo avisaría, pero, ¿y si voy adelantado? Mi reloj no es muy bueno. Me lo regalaron mis hermanos cuando acabé el bachillerato. (Acabar el bachillerato: *a*) para la familia: medio saber la ecuación de segundo grado y la Historia de la Guerra de los Cien Años, y las de otros años más; *b*) para los amigotes: la primera cajetilla de rubios —¡lo que hay que ahorrar!— y la primera novia, chatita ella, pintada, de ojos oscuros, que vive en el arrabal). Cinco minutos todavía, ya veremos. Este relojillo mío, tantos años ceñido a mi muñeca, como el pulso. Debí venderlo en guerra, cuando valía algún dinero. Hoy, ya es arqueológico. Sí, porque no tiene nada de particular. Si fuera como el de mi amigo el compositor, con campanitas, deliciosas campanitas, que surgen allí, desde el chaleco... Y este señor sin callarse, sin cansarse.

Como cuando entró. ¡Por fin! ... Ah, no; tampoco; era el teléfono. Pero, ¡ese timbre! Pasos por la galería, taconeo, con risas, con voces ahogadas... ¡Ya! Me revuelvo en el asiento con rigor de tuerca, exacto. Paso de rosca: 45 minutos. Y cuarenta y cinco minutos de imperfecto... Ruido de libros que se cierran, papeles, voces levantadas. Y ese sol por los cristales del vestíbulo, donde la chica rubia, nueva, esa, sí, la del pelo suelto y las pulseras, se me ha perdido. ¿No habéis notado nunca qué fresco ruidillo alegre tiene el tranvía en la calle Viamonte, al salir de clase?

Y después de todo esto, ¿qué pensará quien dicta? Seguramente no le pasa nada, no piensa nada, a no ser que le moleste, y mucho, el rayar falso, agrio de la tiza. Algo, sí, claro, algo le tenía que fastidiar...